

La Iglesia, Israel espiritual

Segundo domingo de Cuaresma
19 de febrero de 1978

Génesis 12, 1-4a.
2 Timoteo 1, 8b-10
Mateo 17, 1-9

La figura central, queridos hermanos, de esta liturgia de la palabra es un personaje muy querido de todo este pueblo de Dios: es Cristo transfigurado. Primitivamente, la fiesta de la Transfiguración era este domingo, el segundo domingo de Cuaresma. Nosotros en San Salvador nos hemos acostumbrado a celebrarlo, como el título del Divino Salvador, el 6 de agosto, fiesta que conmemora también el origen de nuestra ciudad. Y así encontramos, pues, entre nuestra historia más íntima y el Cristo transfigurado del Evangelio de hoy, una relación profunda de fe que nos invita a hacer, de la homilía de hoy, una convivencia de amor, de esperanza, de fe con el Divino Salvador y patrono de nuestra república, el que le dio nombre a El Salvador.

El Cristo transfigurado, Él es el que siempre nos habla porque el Padre nos dio esa recomendación: a Él debéis de escuchar. Y el que predica en esta cátedra, como en todos los púlpitos de las iglesias, no hace otra cosa que ser un eco humilde de esa voz divina y orientadora: Cristo, el Maestro. El que predica no hace otra cosa que tomar esa palabra eterna e iluminar con ella nuestras realidades, por donde va peregrinando nuestra historia. Por eso mi preocupación de traer, como marco a la palabra de cada domingo, la historia de cada semana. Es una historia tan densa la de El Salvador, queridos hermanos, que nunca se agota. Cada domingo encontramos hechos que están pidiendo la luz

Mt 17, 5

de la palabra del Señor. Y el verdadero cristiano en El Salvador no puede prescindir de estas realidades, a no ser que quiera profesar un cristianismo aéreo, sin realidades en la tierra; un cristianismo sin compromisos, espiritualista. Y así es muy fácil ser cristiano, desencarnado, desentendido de las realidades que vive. Pero vivir ese Evangelio, que por orden del Padre eterno tenemos que escuchar de Cristo, “a Él escuchadle”, vivirlo en el marco real de nuestra existencia, eso es lo difícil, eso es lo que crea conflictos; pero es lo que hace auténtica la predicación del Evangelio y la vida de cada cristiano.

Cada uno de ustedes, queridos hermanos, tiene su propia historia, la historia de su propia familia, de su propia comunidad. Sería imposible señalar aquí esas historias concretas; pero ese es trabajo íntimo de cada uno. Ilumine sus esperanzas, sus proyectos, sus desilusiones, sus fracasos, ilumínelos con la palabra de Dios para que viva siempre de fe y de esperanza.

Hechos de la semana

Más bien como un ejemplo, yo cito aquí casos que nos interesan a todos, por ejemplo, —aunque esto me interesa más bien a mí, pero gracias al cariño, a la amistad de ustedes, puedo sentirlo como algo de familia con todos— es mi agradecimiento por la manifestación de solidaridad y de comunión que vivimos el martes de esta semana que pasa. Es algo inolvidable en mi vida, no por el honor de un doctorado *honoris causa*¹, que francamente enaltece, sobre todo cuando se origina en un centro universitario de tanto prestigio, donde escasean estos honores. Pero lo recibí junto con ustedes y así he sentido que ha sido más bien un homenaje de comunión con mi querido pueblo, con mis queridos sacerdotes. Por eso mi agradecimiento que, ya lo he dicho, lo quiero repetir en este marco solemne de la homilía, a todas las personas que me manifestaron de una u otra forma sus senti-

¹ El 14 de febrero de 1978, en la catedral de San Salvador, el doctor Timothy Healy, presidente de la Universidad de Georgetown, Washington, confirió a monseñor Romero, en nombre de dicha universidad, el doctorado en Letras *honoris causa*, “en reconocimiento al liderazgo moral que usted ha venido mostrando para con la Iglesia de El Salvador. Su coraje y elocuencia en la defensa de los derechos humanos han ganado verdaderamente la admiración internacional”, *Orientación*, 5 de febrero de 1978 y 19 de febrero de 1978.

mientos de solidaridad. De manera especial al querido señor arzobispo, monseñor Chávez, a monseñor Rivera, a monseñor Revelo, que tuvieron la bondad de compartir su presencia conmigo esta noche; al clero no solo de la arquidiócesis, sino que, en manifestaciones muy elocuentes, he recibido testimonios de solidaridad principalmente del clero de Santa Ana y de San Vicente; a los queridos jóvenes del Seminario Mayor y Menor, me han dado mucho consuelo sus palabras; una carta muy significativa del menor en que expresan sus ideales sacerdotales en comunión con su obispo; congregaciones religiosas, federaciones de colegios, comunidades parroquiales de base y muchas demostraciones individuales de diversas categorías humanas. El Señor les sabrá recompensar.

A los medios de comunicación social que se hicieron eco, principalmente a *La Crónica*, *La Prensa Gráfica*, *El Mundo*, radios *KL*, *YSU*, *Radio Internacional*, el *Canal 2*. Sé lo que les cuesta a los medios de comunicación condicionados por circunstancias tan difíciles. Por tanto, comprendo el silencio de los que no pudieron decir nada y admiro a quienes me dedicaron siquiera una pequeña gacetilla. El Señor bendiga a eso que significa un heroísmo en nuestro ambiente tan vendido a intereses.

Desde ahora también, hermanos, quiero invitarlos a la oración para el próximo 22 de febrero, en que voy a celebrar un año de servicio a esta arquidiócesis. Celebraré la misa aquí, en catedral el 22, a las 12:00 del día.

En este marco de la semana también, hermanos, una visión de nuestra historia. No puede pasar desapercibido el discurso de nuestro señor presidente en Estados Unidos². Yo quiero destacar algunas frases porque son precisamente el pensamiento de la Iglesia y, por eso, me extraña que muchas veces, por expresarse así, la Iglesia sea tildada de comunista y de subversiva. Cuando dice por ejemplo: “La paz social es posible cuando existe un clima de armonía entre el sector laboral y el sector empresarial. La comprensión mutua de las justas aspiraciones de uno y de las reales posibilidades de otro, constituye el punto de equilibrio de

² Discurso del general Carlos Humberto Romero en la Tercera Conferencia Anual Centroamericana de Comercio, realizada en Nueva Orleans, Louisiana, el 16 de febrero de 1978. Los textos entrecomillados que siguen son citas textuales del discurso. *Cfr. La Prensa Gráfica*, 17 de febrero de 1978.

ambas fuerzas, propicio para el trabajo que da riqueza y bienestar para todos”. Parece muy genial y acertada la frase. Las posibilidades de un sector y las aspiraciones del otro sector, si se equilibraran con justicia, no habría que lamentar terrorismos ni violencias, represiones ni otras cosas que han ensangrentado tanto nuestra patria. También cuando dice: “Queremos una nación saludable, en donde la libertad del hombre siga siendo el sustento de la democracia”. “Alcanzar mejores niveles de vida para los grandes núcleos de población de menores recursos económicos”.

Y sobre todo cuando dice: “Un nuevo modo de vivir, en donde el régimen económico responda ampliamente a principios de justicia social que tiendan a asegurar a todos los habitantes, una existencia digna del ser humano”. “Modernización del sistema de explotación y tenencia de la tierra mediante una participación más amplia de la propiedad”. Es lo que la Iglesia ha dicho.

Y también este otro pensamiento: “Debemos satisfacer las aspiraciones del ser humano de participar en el gobierno, de exponer libremente su pensamiento, de tener igualdad de oportunidad de estudio y de trabajo, así como de fortalecer permanentemente sus facultades creadoras. El hombre, además de la libertad de querer gozar, también tiene el derecho a vivir con decoro y dignidad”.

Lo que me da un temor es escuchar en su discurso esta palabra: “Alcanzar una mejor distribución de la población, disminuir las tasas del crecimiento demográfico”. ¿Qué se encierra bajo este “disminuir” el crecimiento? ¿Será una aceptación, como condición para las ayudas, el mutilar las fuentes de la vida? Quiera el Señor que no subordinemos a un bienestar económico las leyes morales de la naturaleza y de la creación. Pero sí en cuanto a un orden más justo, un nuevo modo de vivir, nuevas estructuras y una participación en las legítimas aspiraciones de todos para colaborar en el bien común sin miedos, sin represiones. Bendito sea Dios que la Iglesia siempre lo ha dicho. Y digo: precisamente es aquí donde están los grandes conflictos de nuestra Iglesia.

Cuando se habla de un diálogo entre Iglesia y gobierno, es esto lo que la Iglesia busca, como dijo el Papa a nuestro embaja-

dor: “Un diálogo constructivo”³, desde unas perspectivas pastorales en que busca, la Iglesia, no sus bienestares, sino el servicio auténtico a un pueblo que clama libertad, dignidad, igualdad.

Por eso, contrasta la noticia que publicaba *La Prensa Gráfica*⁴, de que el Departamento de Estado de Estados Unidos entregó al Congreso un documento sobre la forma en que se respetan los derechos humanos en América Latina y, al hablar sobre El Salvador, afirma que hay una creciente presión de los insatisfechos y oposición a hacer cambios por parte de los privilegiados, lo cual ha engendrado mayor violencia. He aquí precisamente lo que la Iglesia señala en todo nuestro continente: los terrorismos, los brotes de violencia, la Iglesia no los puede aprobar; pero sí, no puede tampoco reprobarlos sin un análisis profundo de dónde proceden. Mientras una violencia institucionalizada, privilegiada, trate de reprimir las aspiraciones justas de un sector, siempre estarán las semillas de la violencia entre nosotros. Por eso, mientras no se haga efectivo un nuevo modo de vivir, no tendremos paz ni unidad ni comunión entre los salvadoreños.

También, con la esperanza de esas palabras, quiero informarles sobre una carta del sindicato de trabajadores de empresa Central Azucarera de Izalco, en que informan que ya son diecisiete días de huelga demandando la celebración de un contrato colectivo y el cese de atropellos contra trabajadores y leyes laborales. Acusan de complicidad y entreguismo al Ministerio de Trabajo al negarse a citar a la patronal para discutir el problema y la parcialidad de no querer que la patronal cumpla con los acuerdos ya tomados con el sindicato. Termina la carta solicitando la mediación del arzobispado en favor de sus objetivos y de la libertad de varios compañeros que dicen que están presos. Como siempre, nuestra respuesta es aceptar todo servicio mientras se le solicite y se acepte.

También tuvimos en el arzobispado la visita de una delegación de la Federación de Estudiantes Universitarios de Hondu-

³ Cfr. Pablo VI, Discurso ante el nuevo embajador de El Salvador en el Vaticano, *L'Osservatore Romano*, 18 de diciembre de 1977.

⁴ Cfr. “Situación de derechos humanos en Latinoamérica da Estados Unidos”, *La Prensa Gráfica*, 10 de febrero de 1978.

ras. Nos pide apoyo en su gestión de libertad del compañero hondureño Luis Alberto Bonilla Contreras, detenido —según ellos— por la Policía Nacional el 18 de diciembre de 1976. No ha sido posible visitar los cuerpos de seguridad. También quiero participar del temor que la carta de la comunidad del cantón Chilicuyo denuncia, cuando dice que un operativo militar destacó un contingente para inspección en la hacienda Formosa. Temen ellos consecuencias desagradables. Quiera el Señor que no.

Vida de la Iglesia

Finalmente, hermanos, y en forma de familia, quiero anunciarles que hoy se va a bendecir una clínica en la iglesia de Concepción. Felicitar a los padres franciscanos y a los colaboradores médicos, enfermeros, que van a trabajar allí junto a la parroquia de Concepción. Alegrarme también con la peregrinación a Tierra Santa que nos ha anunciado don Juan Francisco Rivas Canjura y pedirle que nos encomiende allá en la tierra que fue escenario de la redención de los hombres. También una oración por el eterno descanso de Hipólito Morales y Daysi Guadalupe Aguilares de Marroquín.

Y como aviso, hermanos, para este domingo, les dije que el tercer domingo de cada mes les pediría una ayuda económica para el seminario. Sostener nuestra obra máxima es trabajo de todos, sin olvidar que este domingo se clausura la Semana del Sacrificio Voluntario que iniciamos el domingo pasado. Hoy la colecta que se va a hacer, pues, tendrá estos dos objetivos: la ayuda al seminario y una ayuda contra el hambre. Hambre de Dios, hambre de cultura y hambre de pan. Para llenar el vacío que dejan estas tres hambres, necesitamos la ayuda de todo el pueblo de Dios.

Y, hermanos, ya nos encontramos, con este marco histórico real, con la liturgia de la palabra de hoy. Podíamos llamar esta homilía: la Iglesia, Israel espiritual. Y propondría estos tres pensamientos: primero, Dios salva a los hombres constituyendo un pueblo de Dios; segundo, Cristo transfigurado es el heredero de todas las promesas salvadoras de Dios, no hay salvación fuera de Él; y tercero, la epístola de San Pablo que nos recomienda traducir, en solidaridad con Abraham y con Cristo, nuestra vida cristiana. Somos el Israel espiritual.

Dios salva a los hombres constituyendo un pueblo de Dios

Dios salva constituyendo un pueblo. ¡Qué hermosa la primera lectura de hoy! Sorprendemos a la Biblia en los orígenes de Israel. Pocos pueblos, quizá ninguno, puede contar sus orígenes como el pueblo israelita. El domingo pasado, primer domingo de Cuaresma, les decía que el primer capítulo de la historia de la salvación es la creación: Adán. Y que toda la vida humana que existe en la historia es solidaria con ese primer capítulo, todos somos descendientes de Adán. Y el soplo de vida que Dios dio a nuestro primer padre es la chispa de inteligencia, de amor, de capacidades humanas que todo hombre lleva; pero que el primer hombre cayó de su dignidad de hijo de Dios porque quiso alcanzar la plenitud divina sin obedecer a su Señor, engañado por el diablo. Y comenzó a vivir el capítulo de la historia humana, la naturaleza caída. Si desde Adán hasta Abraham vemos la Biblia, verdaderamente encontramos la definición del pecado: *aversio a Deo*. Apartarse de Dios.

Uno de estos días, un joven de Santa Tecla me hizo una observación muy interesante; me dice: “¿Cómo puede ser que Adán haya sido tan perfecto y que la humanidad después de él haya comenzado como a subir desde un abismo muy hondo? ¿No será, más bien, que la humanidad fuera creada tan imperfecta que vamos caminando hacia arriba?”. Le dije yo: “Eso es lo que el criterio humano nos dicta, pero a la luz de la revelación, Adán era el hombre perfecto, Adán era el ideal de Dios. El segundo Adán que iba a venir, Cristo, ya se prefiguraba en esa figura maravillosa del primer hombre. Pero ese hombre maravilloso perdió toda su grandeza sobrenatural, su amistad con Dios, y cuando un hombre ha perdido sus relaciones con Dios, aunque conserve sus cualidades humanas va decayendo cada vez más”. Y la historia nos lo prueba: que todo hombre por más inteligente, por más capaz que sea, pero que no busca la amistad con Dios, no ora, no es digno de confianza.

Alguien le preguntaba a un muchacho una vez: “Si tú tuvieras cien colones para dejarlos depositados, ¿a quién se los depositarías: a un profesional que no tiene fe, que es un hombre falto de honradez, o a un iliterato, a un pobre campesino sin saber leer pero que es honrado, que reza?”. “Pues, naturalmente —dice—

se los dejaba al campesino”. Claro, no bastan las cualidades humanas, no basta ser un profesional, ser un empresario, tener grandes cosas humanas. El hombre degenera cuando se aparta de sus relaciones con Dios. Y estos son los primeros capítulos de la historia de la humanidad. *Aversio a Deo*, se iba apartando más y más de Dios. Recuerden los capítulos del diluvio universal, recuerden el incendio de Sodoma y de Gomorra, recuerden el crimen de Caín contra su hermano Abel. Ese es el hombre sin Dios.

Pero desde el capítulo 12 del Génesis, el Génesis cambia de aspecto. Léanlo con atención. De allí hemos tomado la primera lectura de hoy. Es un Dios que toma la iniciativa de formar un pueblo y darle a ese pueblo las promesas, las esperanzas. Esta es la gran misión de Abraham y de Israel: formaré de ti un gran pueblo, del cual nacerá el Redentor.

Abraham, de setenta y cinco años, hombre —diríamos— ya quemado; sin embargo, Dios va a hacer una nueva creación. Nace un pueblo, un pueblo que le pide a Abraham unas grandes renunciaciones: “Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias de la tierra”. ¡Qué anciano más formidable! Es un hombre —diríamos—, un anónimo, un hombre de aquellas tribus seminómadas de Ur de Caldea. A este escoge Dios, desconocido de la historia y toda su vida la pasó como un desconocido. ¡Qué curioso!

Gn 12, 1-3

Gn 12, 4

Gn 12, 1

Gn 15, 5-6

Gn 18, 12

Gn 22, 2

“Abraham marchó, como le había dicho el Señor”. ¿A dónde? Sin rumbo. “A la tierra que te mostraré”. Y pasó toda su vida peregrinando en Canaán, donde iba a ser la tierra prometida pero después de muchas generaciones. Abraham fue peregrino en su propia tierra prometida; no la conoció, podíamos decir. Dios estaba probando la fe. Y estéril, casado con una mujer estéril, le anuncia que va a nacer de sus entrañas un gran pueblo. Hasta la misma Sara se ríe. Pero el milagro llega cuando las entrañas fecundas de Sara dan a luz a Isaac. Pero Dios le hace otra prueba: sacríficame, mátame; y Abraham, obediente a la única esperanza de su descendencia, la lleva, imagen de Jesús con su cruz a cuestas —por eso, allá en el Calvario de Jerusalén, la figura más bella es la de Isaac con su tercio de leña camino del

monte donde va a ser sacrificado—, solo que a Abraham lo detuvo el ángel: no lo mates, ya está probada tu fe.

Gn 22, 12

Por eso, hermanos, este desprenderse de Abraham, este entregarse a lo imposible, esta locura de la fe es la que Dios pide. La fe es lanzarse a los brazos de Dios. La fe es creer lo que Dios dice aunque me parezca imposible. La fe es María cuando un ángel le dice que, sin perder su virginidad, va a ser madre: no lo comprendo pero hágase como tú lo has dicho. La fe pide esa entrega y por eso a Abraham se le llama no solo el padre de Israel, sino el padre de la fe. Es el modelo de la fe.

Lc 1, 30-38

Cristo transfigurado es el heredero de todas las promesas salvadoras de Dios

Veamos ya cuando esa historia de Israel culmina con la plenitud de los tiempos. Es la lectura del Evangelio de hoy, es mi segundo pensamiento. Allí en la montaña de la transfiguración, aparecen personajes del Viejo Testamento descendientes de Abraham: Moisés, Elías: todo el Israel creyente, todo el Israel que espera. Moisés es el signo de la ley. Elías es el signo de los profetas. La ley y los profetas era como la constitución de Israel, lo que se había escrito como alianza entre Dios y los hombres; lo que se había escrito como voluntad de Dios siempre activa a través de los profetas. Esto dice el Señor: conserven mis esperanzas, conserven mis promesas. Y de esas esperanzas y de esas promesas vivieron todos los siglos anteriores a Cristo.

Y un día, ya Cristo está presente; ya está fundando el Nuevo Testamento, la alianza nueva y eterna; ya ha escogido a unos hombres que son el Israel de Abraham, pero que ya van entrando al Israel del cristianismo. Pedro, Santiago y Juan —ya no pertenecen al Viejo Testamento, aunque son hijos de Abraham— con Jesús y con personajes del Viejo Testamento, Moisés y Elías, aparecen en el monte de la transfiguración. Y Cristo en medio, resplandeciente su rostro como el sol, blancas sus vestiduras como la nieve. Es la figura de Dios hecho hombre, lo testifica el Padre: este es mi hijo, el amado; este es el prometido; este es el que yo dije que iba a ser fuente de bendición, descendiente de Abraham; en Él serán bendecidas todas las naciones. No se ha dado a los hombres otro nombre en el cual puedan ser salvos, fuera del nombre de Jesús. Y Jesús aparece allí como en una Pas-

Mt 17, 5

Hch 4, 12

cua anticipada, como un resucitado que no tendrá ya nada que ver con la muerte y las miserias de la tierra.

Mt 17, 4

Pedro se enardece y le dice: Señor, ¡qué bueno es estar aquí! Quedémonos aquí, esto ya es el paraíso, esto ya es el destino, la aspiración del hombre. Y Cristo le dice: todavía no; no digan nada de esto porque tienen que venir todavía los días amargos de la pasión hasta que resucite de entre los muertos; entonces sí, anúncienlo que Cristo vive, que Cristo murió para salvar a los hombres y que sin esa muerte no hay redención. Pero no es una muerte fracaso, es una muerte condición para resucitar, es una muerte donde quedaron pagadas todas las desobediencias en el dolor de una cruz, es una muerte necesaria, amarga y difícil, para que todos los pecados de los hombres puedan ser perdonados. Lo glorioso es que de esa muerte, de esa tumba, salga resucitado. Eso es lo que se llama el misterio pascual, la Pascua que es muerte y resurrección.

Mt 17, 9

Hacia esa Pascua camina la Cuaresma, camina el cristianismo. Toda su vida, toda su historia, caminando hacia la cruz y hacia la resurrección. Por eso, hermanos, no nos debe extrañar que una Iglesia tenga mucho de cruz porque si no, no tendrá mucho de resurrección. Una Iglesia acomodaticia, una Iglesia que busca el prestigio sin el dolor de la cruz, no es la Iglesia auténtica de Jesucristo.

2 Cor 1, 20

Cristo, en la plenitud de su gloria en el Tabor, el Cristo nuestro, el Divino Salvador patrono de nuestra patria, es el sí de las promesas, dice San Pablo. Hermosa expresión. Cristo es el sí, el que le dice sí al Padre, en el que se cumplieron las promesas de perdón, de salvación. Cristo es el camino por donde los hombres caídos se convierten a Dios. Desde Abraham, pues, ha comenzado el capítulo de la conversión: *conversio ad Deum*, conversión hacia Dios. Y Cristo con su cruz y su Pascua no hace otra cosa que llamar a los hombres a su verdadera grandeza, como hombres y como sociedad. No puede haber sociedad, un nuevo modo de vivir no puede haber sin Cristo; un nuevo modo de vivir, un bienestar para todos, no lo puede haber sin la justicia de Cristo Redentor. Solo Él es el que puede inspirar, a los egoístas, el arrepentimiento; a los resentidos, el trabajo honrado y honesto; a todos, el verdadero sentido de la liberación cristiana, el redimirnos del pecado y de la muerte para ser participantes de su gloria.

La epístola de San Pablo nos recomienda traducir, en solidaridad con Abraham y con Cristo, nuestra vida cristiana

Y así viene, queridos hermanos, en la lectura de San Pablo a Timoteo, un discípulo. De Timoteo dicen que era muy enfermizo, tímido, sin embargo de mucha fe. Lo puso Pablo a cuidar la comunidad de Éfeso y le escribe esta hermosa carta: “Toma parte en los duros trabajos del Evangelio según las fuerzas que Dios te dé”. No importa no tener mucha salud, lo que importa es confiar en Dios. El que predica, el que hace Iglesia, el que proclama la palabra de Dios, el que convoca al cantón para hacer una comunidad cristiana, el que educa en un colegio cristiano con verdadero sentido de Evangelio, todo aquel que quiere vivir en su familia el verdadero cristianismo, no confíe en él, confíe en Dios.

2 Tm 1,8b

“Con la fuerza que Dios te dé. Él nos salvó y nos llamó a una vida santa”. ¡Miren que hermoso eco en el cristianismo de Pablo a Timoteo, el eco de Dios a Abraham, una vocación: sal de tu parentela y busca la tierra que yo te mostraré. Esto hace Dios con cada hombre. Dichoso el que escucha ese llamado de Dios: ven, deja tu vida de pecado, deja esa situación comodona de tu dinero, de tus haciendas, de tus cosas en las cuales te quieres instalar, deja las cosas que solamente dan felicidad en la tierra y sigue el derrotero que te voy a mostrar; entrégate a la fe, entrégate al amor, vive el amor porque sin amor de nada sirve tener. El amor es lo que le da al hombre su verdadero desarrollo. La avaricia, ha dicho Pablo VI, que es la señal más evidente del subdesarrollo moral. El egoísmo es un subdesarrollo. Por eso el llamamiento a todos los cristianos en esta hora de Iglesia es el mismo llamamiento de Dios a Abraham: ven hacia la tierra que te mostraré.

2 Tm 1, 9

PP 19

Gn 12, 1

Y yo me alegro, hermanos, de que ese Israel que creó Abraham con su acto de fe y que se prolonga en el pueblo de Dios y que llega hasta 1978 en estos cristianos auténticos, que son ustedes, los que están reflexionando esta palabra, sea siempre la misma voluntad salvífica de Dios. Quiere salvar a todos, le dice Pablo a Timoteo, Él nos quiere santificar, es iniciativa suya.

2 Tm 1, 9

Queridos hermanos, la religión no es invento de hombres. Nadie se puede forjar un cristianismo a su gusto. Nadie le puede poner pautas al predicador del Evangelio según sus caprichos.

Es Dios el que nos manda predicar. Es palabra de Evangelio la que tenemos que decir. Es Dios el que toma la iniciativa de salvar al hombre. En esto está la gran diferencia entre las falsas religiones y la religión verdadera.

Las falsas religiones brotan de la voluntad de los hombres, ellos inventan cómo adorar a su Dios, cómo creer su fe, cómo organizar su vida religiosa, pero es una religión de hombres.

La religión verdadera es la de Abraham a la escucha. Ojos y oídos atentos: ¿qué dice el Señor? De allá viene la iniciativa. Y hemos de creer una fe no a nuestro gusto, sino según la voluntad del Señor. Y hemos de vivir una moral no inventada por nosotros, sino como Dios la quiere con sus mandamientos. Por eso dice Dios, mostrándonos a Cristo, su mensajero, su palabra, la plenitud de su revelación, su todo: ese es mi Hijo amado, en Él os he mandado decir todo, escuchadlo; el que lo sigue se salvará; el que quiera inventarse un cristianismo a su gusto, acomodaticio, sin conflictos, sin dificultades, perezoso, egoísta, no es mi cristianismo, no es la palabra de mi Hijo amado en quien tengo mis complacencias.

Mt 17, 5

Por eso, queridos hermanos, la Cuaresma —y de esto se trata en la liturgia de la palabra—, la Cuaresma es una revisión sincera. A propósito, en esta semana precisamente, el Papa y sus colaboradores en Roma han hecho sus ejercicios espirituales. Tenemos necesidad de revisarnos, comenzando por el Papa, los obispos, los sacerdotes, las religiosas, las instituciones y comunidades católicas. La Cuaresma es para revisarnos, porque muy fácilmente las tentaciones de Cristo en la Cuaresma son nuestras tentaciones eclesiásticas y podemos buscar un reino de Dios sugerido por Satanás y no el reino de Dios anunciado por el transfigurado, el Hijo de Dios. Cuidemos mucho en esta Cuaresma a ver cómo anda nuestro cristianismo, nuestras relaciones de familia, nuestro respeto a la ley de Dios, nuestra obediencia al Evangelio.

Queridos hermanos, esta es la liturgia de la palabra que Cristo transfigurado ha presidido hoy desde nuestra catedral. Ahora Cristo no es solo palabra, se hace hostia, se hace cáliz, se hace comunión, se hace vida. Tratemos de comulgar ahora, identificándonos en el pensamiento con Él. Vivamos nuestra eucaristía. Y ya que hoy este llamamiento del sacrificio voluntario y de la ayuda al seminario nos pone un objetivo concreto a nues-

tra fe, vamos a celebrar ya la ofrenda, el ofertorio. Seamos generosos. Compartamos nuestra pobreza con los pobres, compartamos nuestro pan con el hambriento, compartamos nuestro amor. Si no tenemos más que dar que nuestra buena voluntad, amemos; no nos cerremos en egoísmos ni en odios. La Cuaresma transfigura, la Cuaresma renueva al hombre.

Ojalá que todo el pueblo santo de Dios, al celebrar después de la Cuaresma la Pascua de la muerte y la resurrección de Cristo, sintamos que todo aquel amor que lo llevó al Calvario y toda aquella vida que exhala de todos sus poros no como un transfigurado de la tierra, sino como quien posee la plenitud de la vida eterna para darlo a los hombres, sea nuestro amor, sea nuestra vida, la de Cristo nuestro Señor, que en esto consiste ser bautizado, ser cristiano. Y la Cuaresma no es otra cosa que revivir nuestro compromiso bautismal, que nos identificó con el Cristo que por nosotros murió y que para nosotros resucitó. Proclamemos así nuestra fe.